

**PARA UNA TEORÍA LITERARIA HISPANOAMERICANA:
A VEINTE AÑOS DE UN DEBATE DECISIVO***

Antonio Cornejo Polar

Cualquier referencia a la teoría literaria hispanoamericana remite inevitablemente al gran debate de los años 70, surgido a partir de la propuesta de producir una teoría realmente nuestra, en concordancia con la especificidad de una literatura que por entonces gozaba de su primer éxito internacional masivo; pero no para no repetir esa discusión, por cierto, sino para tratar de redefinirla dentro de la agenda problemática de los 90. Desde esta perspectiva me gustaría examinar algunos pocos puntos.

Habría que partir de un hecho: el proyecto de los 70 fracasó, y en efecto hoy no tenemos una teoría literaria hispanoamericana, tal vez –entre otras razones– porque epistemológicamente el reclamo quedó situado en un nivel muy abstracto (no crítica sino teoría) que entraba en paradójico conflicto con su propia urgencia de especificidad histórico-social. Me temo que además, al menos en los momentos polémicos, se echó mano a las tesis más impactantes, pero menos certeras, de la teoría de la dependencia –y ya sabemos que ese callejón no tenía salida.

Pero el problema mayor, tal como lo veo ahora, fue otro: la suposición de que la literatura latinoamericana era una y coherente, y que –para peor– transportaba o expresaba los signos de una

* Esta es la ponencia de Antonio Cornejo Polar al congreso “Estado actual de los estudios literarios latinoamericanistas” realizado en la Universidad de Granada, del 27 al 31 de enero de 1992. El texto nos ha sido generosamente facilitado por el organizador de dicho congreso, Profesor Álvaro Salvador Jofré. En él aparece la siguiente nota del autor: “Como no fue leída, he reconstruido mi ponencia tomando como base el esquema que guió mi exposición y la copia de los apuntes que tomó una estudiante generosamente atenta” [Nota de los editores].

identidad también pensada en términos globalizantes. Si se trataba de construir *una* teoría que diera entera razón de *una* literatura, en cierto sentido siguiendo el gran proyecto humanístico del maestro Henríquez Ureña, que se sintetiza en su frase emblemática: “en busca de nuestra expresión” (así, en singular); si se trataba de eso, y creo que fue así, entonces el proyecto todo hizo crisis cuando comenzó a imponerse, años después, una imagen variada y multiforme de la literatura latinoamericana. Hoy muchos reivindicamos la condición múltiple, plural, híbrida, heterogénea o transcultural de los distintos discursos y de los varios sistemas literarios que se producen en nuestra América.

Las caracterizaciones que acabo de mencionar se refieren al espacio general de la literatura latinoamericana, donde efectivamente se realizan aunque con mayor o menor profundidad según la región de que se trate, pero se ven con harta claridad en los ámbitos más acotados de las literaturas nacionales. Permítanme poner el ejemplo de las literaturas de los países andinos, de Bolivia, Perú o Ecuador. Ciertamente la imagen unitaria y globalizante de cada una de ellas partía de la ampliación de un concepto restrictivo de literatura, que condicionaba su existencia a que fuera (1) escrita, (2) en español, y (3) bajo códigos estéticos derivados de la alta literatura europea. Como otras veces he dicho, de este modo se lograba construir un corpus unitario, coherente, pero a costa de marginar por razones estéticas o sociales, o por ambas, a una inmensa masa de discursos. ¿Qué hacer, por ejemplo, con la literatura oral en quechua o aymara que se produce en estos países? ¿No son literatura? ¿No son socialmente representativas de la nación? Sin duda, la ampliación del corpus para incluir estos discursos otros, a veces con un alto grado de autonomía, implicaba pasar del concepto de unidad (y de una identidad nacional más o menos metafísica) a otro que diera cuenta de esa diversidad heterogénea y contradictoria; heterogeneidad que, para complicar aún más las cosas, puede darse dentro de un solo texto. Y no sólo en textos coloniales, que es el período donde se puede ver con más claridad este asunto, como en la *Nueva crónica* de Guamán Poma de Ayala, sino también en otros tan absolutamente modernos y experimentales como *El zorro de arriba y el zorro de abajo* de José María Arguedas.

Todo lo anterior conduce, me parece, a una postulación radical –al menos en apariencia radical. Concretamente, a la construcción epistemológica de un nuevo “objeto” al que convenimos en

denominar –según los gustos– literatura hispanoamericana, iberoamericana, latinoamericana, etc. Postulación aparentemente radical, porque en realidad a nadie debería extrañar que “eso” que llamamos literatura es un objeto social y culturalmente construido, y en esa misma medida un objeto histórico, mudable, cambiante y escurridizo como pocos. Bastaría a este respecto recordar que la poética neoclásica incluía la historia, la oratoria y cierto tipo de cartas dentro del marco de la literatura como géneros literarios indiscutibles, mientras que las poéticas basadas en los conceptos de autonomía estética o autorreferencialidad del lenguaje literario excluyen a estos géneros y los colocan fuera del ámbito de la literatura. O más drásticamente todavía: la literatura constituye un cierto “objeto” si la ligamos excluyentemente a la escritura, pero es otro, bastante distinto, si aceptamos eso que para algunos es un oxímoron: la “literatura oral”. Por lo demás, para abundar un poco más en este tema, todos los que estamos aquí hemos sido testigos o protagonistas del debate sobre la condición literaria o no literaria del género testimonio, y en esa discusión (que ahora tiene otro sentido) estaba en juego lo que Carlos Rincón llamó el “cambio (o el mantenimiento) de la noción de literatura”. Con la terminología que estoy empleando, lo que estaría en juego es un cambio en la construcción epistemológica del “objeto” literatura.

Ahora bien: si esto es así, en general, ¿cómo no lo será en un espacio tan abrumadoramente ambiguo como el de la literatura latinoamericana? Simplemente enuncio algunas preguntas: ¿forma parte de la literatura latinoamericana (o no) la del Caribe no hispánico, la de Jamaica o Haití por ejemplo? ¿Y la de los chicanos? Lo que quiero enfatizar es que la construcción del tantas veces mencionado “objeto” (nuestra literatura) no depende solamente de una opción propia de la teoría literaria sino también, y tal vez sobre todo, de una opción inocultablemente política acerca de quiénes (y quiénes no) formamos parte de “nuestra América”.

El tratamiento de esta problemática nos llevaría demasiado lejos del punto que estoy intentando desarrollar. Vuelvo a él para insistir en que el empleo de categorías como transculturación, pluralidad, heterogeneidad, hibridez, etc., supone un ejercicio teórico destinado en última instancia a modificar radicalmente el concepto de literatura latinoamericana, pero esta vez no como resultado de una propuesta más o menos abstracta y algo voluntarista, sino como respuesta a nuevas maneras de leer nuestra literatura, precisamente en lo que parece caracterizarla con mayor

incisividad: la copiosa red de conflictos y contradicciones sobre la que se teje un discurso excepcionalmente complejo, complejo porque es producido y produce formas de conciencia muy dispares, a veces entre sí incompatibles; porque entrecruza discursos de varia procedencia y contextura, donde el multilingüismo o las diglosias fuertes son frecuentes y decisivas, incluyendo los muchos niveles que tiene la confrontación entre oralidad y escritura; o porque, en fin, supone una historia hecha de muchos tiempos y ritmos, algo así como una multihistoria que tanto adelanta en el tiempo como se abisma, acumulativamente, en su solo momento. Como decía Enrique Lihn en un verso memorable, los latinoamericanos “somos contemporáneos de historias diferentes”.

Por cierto, dicho todo lo anterior, se hace evidente otro problema: ¿cómo, con qué instrumentos, con qué arsenal metodológico enfrentamos a esta literatura compleja y heterogénea? Obviamente no tengo ninguna respuesta general –y me temo que simplemente no existe–, pero un examen atento de la crítica hispanoamericana e hispanoamericanista última demostraría que cada vez que asumimos como punto de partida que nuestra literatura es muchas literaturas entre sí imbricadas, y a veces de manera belicosa, el pensamiento crítico encuentra caminos excepcionalmente creativos para dar razón no sólo de la heterogeneidad de la literatura latinoamericana sino también de esas muchas –todas– las sangres que se entreveran entre nosotros, en nosotros, que tenemos la posibilidad de vivir en cada una de nuestras patrias, si vencemos el egoísmo, todas las patrias. Obviamente esta frase no es más que una mala repetición de lo que dijo José María Arguedas. Prefiero terminar así, evocando sus palabras.